

Hebreos 11:1; Una Nueva Visión

Posted on **January 01,1970** by **Néstor Martínez**

La pregunta que alguna vez me dejó en silencio por un momento, y más porque me la estaba formulando un no creyente, fue: **¿Qué es realmente la fe?** No sé qué hubieras respondido tú, pero a mí no me fue para nada sencillo darle una respuesta que lo dejara satisfecho, sin caer en el facilismo religioso de murmurarle el versículo clave de Hebreos 11:1. De haberlo hecho, seguramente me hubiera mirado con una mezcla de compasión y temor, ya que le hubiera sonado a locura. Si hay un texto racionalmente incomprensible, ese es el versículo de la fe. De hecho, es uno de los textos más conocidos de toda la Biblia Hebreos 11:1. Muchas personas lo han repetido de memoria durante muchos años. Sin embargo, no siempre se ha entendido en el sentido que el propio autor quiso darle. A veces se ha presentado la fe como una especie de fuerza mental capaz de producir cualquier cosa que una persona desee. Otras veces se ha reducido a creer ciertas doctrinas. En algunos casos incluso se ha identificado con optimismo o con la simple esperanza de que todo saldrá bien. Pero el texto habla de algo mucho más profundo. La fe bíblica no consiste en cerrar los ojos ante la realidad. Tampoco es negar los problemas. No es imaginación, ni autosugestión, ni una forma de convencerse de algo sin razones. La fe comienza cuando una persona conoce quién es Dios, escucha su palabra y decide confiar en Él incluso cuando todavía no puede ver el resultado. Por eso Hebreos 11 no pretende enseñar una técnica para obtener cosas. Pretende mostrar cómo viven quienes han llegado a conocer al Dios verdadero. Antes de definir la fe, el autor ha pasado diez capítulos explicando quién es Jesús. Esto es muy importante. La fe nunca aparece aislada. Siempre tiene un fundamento. Nadie puede confiar de verdad si antes no conoce en quién está confiando. Así que, si me lo permites y tienes ganas de meterte en las profundidades bíblicas, te invito a acompañarme hoy a estudiar a fondo en todo lo que nos sea posible este verso que es un verdadero clásico del cristianismo global. Vamos con las distintas versiones para que puedas ver las diferencias de matices que en algunos casos hay entre una y otra. La versión tradicional de la Reina Valera 1960, la Biblia más consumida por los cristianos en general, dice: **Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.** La Nueva Versión Internacional, la clásica MVI lo dice así: **Ahora bien, la fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve.** La Biblia de las Américas, una versión muy consultada también, traduce: **Ahora bien, la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.** La Traducción en Lenguaje Actual expresa la idea de manera más popular: **Confiar en Dios es estar totalmente seguros de que uno va a recibir lo que espera. Es estar convencidos de que algo existe aun cuando no podamos verlo.** Las palabras cambian ligeramente, pero todas conservan la misma idea: la fe produce una seguridad que no depende de lo que los ojos alcanzan a ver. Eso significa que la fe no nace de las circunstancias. Nace de la confianza en Dios. La carta fue escrita para personas que estaban sufriendo. No era una iglesia cómoda. Muchos habían perdido bienes materiales. Otros sufrían persecución. Algunos estaban cansados. Otros comenzaban a pensar que seguir a Jesús era demasiado difícil. Había creyentes tentados a abandonar el camino porque esperaban soluciones inmediatas y esas soluciones no llegaban. Entonces el autor hace una pregunta indirecta. **¿Cómo sigue caminando alguien cuando todavía no ve aquello que Dios prometió?** La respuesta ocupa todo el capítulo once. Por eso Hebreos 11:1 no intenta dar una definición filosófica de la fe. Está describiendo la actitud que sostiene a una persona cuando todo alrededor parece decirle que abandone. Comencemos por entender el idioma. ¿Qué significa "certeza"? La palabra certeza habla de

fundamento. Imaginemos una casa. Lo primero que se construye no son las paredes. No es el techo. No son las ventanas. Primero se prepara un cimiento. Ese cimiento queda oculto. Quien pasa por delante apenas lo ve. Sin embargo, toda la casa descansará sobre él. La fe funciona de manera parecida. No elimina las tormentas. Hace posible mantenerse firme durante ellas. Muchas personas buscan una fe que elimine las dificultades. La Biblia presenta una fe que permite atravesarlas. No promete ausencia de problemas. Promete la presencia de Dios dentro de ellos. Eso cambia completamente la perspectiva. La otra pregunta a nivel gramatical, es: ¿Qué significa "lo que se espera"? Esperar, en la Biblia, no significa desear algo como quien compra un billete de lotería. La esperanza bíblica siempre está unida a una promesa de Dios. Si Dios no ha hablado, no existe fundamento para llamar fe a cualquier deseo personal. Aquí aparece una diferencia muy importante. Una persona puede desear riqueza. Otra puede desear fama. Otra puede desear salud perfecta durante toda su vida. Todos son deseos. Pero la fe no convierte automáticamente cualquier deseo en una promesa divina. La fe responde a lo que Dios ha dicho. No obliga a Dios a cumplir lo que nosotros imaginamos. En otras palabras, la fe escucha primero y confía después. Nunca ocurre al revés. Cuando Juan el Bautista comenzó a predicar decía: **Arrepiéntanse, porque el Reino de los Cielos se ha acercado**. Más tarde Jesús comenzó exactamente con el mismo anuncio. No era un mensaje distinto. Era el mismo Reino. Pero ese Reino no podía verse con los ojos. Roma seguía gobernando. Los soldados seguían patrullando. Los impuestos seguían existiendo. Los enfermos seguían enfermado. Los poderosos seguían siendo poderosos. Entonces, ¿Dónde estaba el Reino? Jesús respondió esa pregunta de distintas maneras. El Reino comenzaba allí donde las personas aceptaban el gobierno de Dios sobre sus vidas. Eso exigía fe. No porque el Reino fuera imaginario. Sino porque todavía no aparecía en toda su plenitud. La gente debía confiar en la palabra de Jesús antes de ver el resultado final. En este sentido, Hebreos 11:1 encaja perfectamente con el mensaje del Reino. La fe permite vivir hoy conforme a una realidad que todavía no se ha manifestado completamente. Quien pertenece al Reino sigue viviendo en el mismo mundo que todos los demás. Tiene los mismos problemas económicos. Sufre enfermedades. Envejece. Lloro la muerte de seres queridos. Sin embargo, interpreta toda la realidad desde la promesa de Dios y no solamente desde lo que sus ojos contemplan. Aquí es donde muchas personas malinterpretan el texto. No ver no significa creer sin razones. Nadie confía en un desconocido de la misma manera que confía en alguien cuya fidelidad ha comprobado durante años. La fe bíblica se basa precisamente en el carácter de Dios. No vemos el futuro. Pero conocemos a quien gobierna el futuro. No vemos todas las respuestas. Pero conocemos al que nunca deja de ser fiel. La diferencia es enorme. La fe no elimina las preguntas. Da una razón para seguir caminando mientras algunas preguntas permanecen abiertas. Aunque Hebreos 11 menciona a muchos hombres y mujeres del Antiguo Testamento, toda la carta apunta finalmente hacia Jesús. Él vivió completamente confiando en el Padre. No tomó decisiones buscando el camino más fácil. No evitó el sufrimiento cuando obedecer implicaba sufrir. No abandonó su misión porque las circunstancias fueran adversas. Su confianza descansaba en la fidelidad del Padre. Eso demuestra que la fe no consiste en conseguir una vida cómoda. Consiste en permanecer fiel a Dios incluso cuando obedecer cuesta. Por eso más adelante el autor dirá que debemos poner los ojos en Jesús, quien soportó la cruz mirando el gozo que tenía delante. La fe siempre mira más lejos que el presente. Vivimos en una cultura que suele valorar únicamente aquello que puede medirse. Si algo produce resultados rápidos, parece verdadero. Si tarda, muchos lo consideran inútil. La fe enseña otra forma de pensar. Un agricultor siembra meses antes de recoger la cosecha. Mientras tanto, la tierra parece vacía. Sin embargo, continúa trabajando. ¿Por qué? Porque sabe que la semilla está haciendo una obra invisible. Lo mismo sucede con muchas obras de Dios. El cambio interior de una persona rara vez ocurre de un día para otro. La reconciliación entre familiares puede requerir años. La formación del carácter lleva tiempo. Aprender a perdonar cuesta. Vencer el orgullo cuesta. Crecer en paciencia cuesta. Desde fuera puede parecer que nada sucede. Pero Dios sigue trabajando donde los ojos humanos no alcanzan a ver. La fe permite perseverar durante ese proceso. El miedo nace cuando pensamos que todo depende de nosotros. La ansiedad suele aumentar cuando creemos que el futuro está completamente fuera de control. La fe introduce una realidad distinta. No dice que todo será fácil. Dice que nuestra vida

no está abandonada al azar. Eso no elimina automáticamente el dolor. Jesús lloró. También sintió angustia. Muchos hombres y mujeres de la Biblia conocieron el sufrimiento. La fe no prohíbe llorar. Lo que hace es impedir que la desesperación tenga la última palabra. Quien confía en Dios puede atravesar el duelo sin dejar de esperar. Puede reconocer su cansancio sin perder el rumbo. Puede admitir que tiene miedo y, aun así, seguir adelante. Eso hace de la fe una fuerza profundamente humana. No exige fingir fortaleza. Invita a apoyarse en la fidelidad de Dios cuando las propias fuerzas ya no alcanzan. Hebreos 11:1 nos hace una pregunta muy personal. ¿Sobre qué está apoyada nuestra seguridad? Muchas personas construyen su vida sobre el dinero. Otras sobre su salud. Otras sobre su prestigio. Otras sobre la opinión de los demás. Pero todas esas cosas pueden desaparecer. La fe propone un fundamento diferente. No dice que las demás cosas carezcan de valor. Dice que ninguna de ellas puede sostener una vida para siempre. Solo Dios permanece cuando todo lo demás cambia. Por eso la fe no consiste simplemente en creer que Dios existe. Consiste en confiar en Él de tal manera que esa confianza cambie nuestras decisiones, nuestras prioridades, nuestra manera de enfrentar el sufrimiento y también nuestra forma de esperar el futuro. Así comienza Hebreos 11. No con una teoría, sino con una invitación a mirar la vida desde la perspectiva de Dios. En los siguientes versículos, el autor mostrará que esa fe nunca fue una idea abstracta. Siempre produjo personas que actuaron, obedecieron, perseveraron y caminaron hacia adelante, aun cuando todavía no podían ver el cumplimiento completo de las promesas. Hebreos 11:1 no presenta la fe como un sentimiento ni como una técnica para conseguir lo que uno desea. La presenta como una confianza firme en Dios, basada en su carácter y en sus promesas. Esa confianza permite seguir adelante cuando el cumplimiento todavía no es visible. Pero el autor no se conforma con definir la fe. Inmediatamente comienza a mostrar cómo se ve la fe cuando entra en la vida de personas comunes. Ahí descubrimos un principio que atraviesa toda la Biblia: **la fe verdadera siempre produce una forma distinta de vivir**. No se trata de una obligación externa. Se trata de una consecuencia natural. Si alguien confía realmente en Dios, sus decisiones empiezan a reflejar esa confianza. La fe no es una idea; es una manera de vivir. Muchas personas piensan que la fe pertenece al mundo de las ideas. Se la imagina como una opinión religiosa, algo que cada uno lleva dentro de sí. Sin embargo, la Biblia nunca habla de la fe en esos términos. Cuando el autor de Hebreos menciona a los hombres y mujeres del pasado, no dice primero lo que pensaban. Dice lo que hicieron. **"Por la fe Abel..." "Por la fe Noé..." "Por la fe Abraham..." "Por la fe Sara..."** Cada historia comienza igual. No porque fueran personas extraordinarias, sino porque todas tomaron decisiones confiando en Dios antes de ver el resultado. Eso es importante. La fe no cambia solamente las creencias. Cambia la dirección de la vida. El primer ejemplo es Abel. No se destacan sus capacidades ni su inteligencia. Se destaca que presentó una ofrenda aceptable delante de Dios. ¿Por qué fue aceptada? No porque el valor económico fuera mayor. La diferencia estaba en la actitud del corazón. Abel entendía que Dios ocupaba el primer lugar. La fe siempre comienza allí. Mientras una persona se coloque a sí misma en el centro de su propia vida, Dios ocupará un lugar secundario. Cuando aparece la fe, el centro cambia. Ya no se vive preguntando únicamente: "¿Qué quiero yo?" Empieza a surgir otra pregunta: "¿Qué agrada a Dios?" Ese cambio parece pequeño, pero transforma toda la existencia. Después aparece Noé. Durante años construyó un arca. Nunca había ocurrido un diluvio semejante. Todo indicaba que estaba perdiendo el tiempo. Seguramente soportó burlas. Muchos lo considerarían exagerado. Otros pensarían que había perdido el juicio. Sin embargo, siguió trabajando. Aquí encontramos una enseñanza muy práctica. La fe no depende de la aprobación de la mayoría. Vivimos en una sociedad donde muchas decisiones se toman buscando aceptación. Las redes sociales han aumentado esa tendencia. Muchas personas preguntan constantemente: "¿Qué pensarán los demás?" La fe plantea otra pregunta. "¿Qué piensa Dios?" Eso no significa despreciar la opinión ajena. Significa que la verdad no depende del número de personas que la acepten. Noé obedeció cuando estaba prácticamente solo. Uno de los ejemplos más desarrollados del capítulo es Abraham. Dios le pidió abandonar su tierra. No le entregó un mapa completo. No respondió todas sus preguntas. Simplemente le dijo que fuera. Abraham salió. Este episodio muestra algo esencial. La fe no necesita conocer todos los detalles para comenzar a obedecer. Nos gustaría que Dios explicara cada paso de antemano. Queremos saber cómo

terminarán los problemas. Cómo resolverá las dificultades. Qué ocurrirá dentro de diez años. Pero muchas veces Dios muestra solamente el siguiente paso. La fe consiste en dar ese paso. Después vendrá el siguiente. Así aprende un niño a caminar. No recibe una explicación completa sobre el equilibrio. Simplemente da un paso. Luego otro. Así también madura la confianza en Dios. Uno de los aspectos menos valorados actualmente es la paciencia. Todo parece exigir rapidez. Respuestas inmediatas. Resultados inmediatos. Cambios inmediatos. Sin embargo, casi todo lo importante necesita tiempo. Un árbol tarda años en crecer. Una amistad profunda necesita años. Un matrimonio sólido se construye durante décadas. El carácter también necesita tiempo. La fe comprende esto. Abraham esperó muchos años antes del nacimiento de Isaac. José esperó años antes de salir de la cárcel. Moisés esperó cuarenta años en el desierto antes de comenzar la misión que Dios le había preparado. David fue ungido como rey mucho antes de ocupar el trono. La espera no significaba que Dios hubiera olvidado su palabra. Significaba que estaba obrando en el momento adecuado. Hoy seguimos luchando con la misma dificultad. Queremos controlar los tiempos. Pero Dios no trabaja según nuestra impaciencia. Trabaja según su sabiduría. Aquí aparece una cuestión importante. Esperar no resulta fácil. Produce cansancio. Produce dudas. Produce frustración. La Biblia nunca niega esas emociones. Los salmos están llenos de personas que preguntan: "¿Hasta cuándo?" No están ocultando su dolor. Lo presentan delante de Dios. Eso también forma parte de la fe. La fe no consiste en fingir que todo está bien. Consiste en seguir buscando a Dios incluso cuando el corazón está cansado. Muchas personas creen que tener fe significa no sentir miedo. No es cierto. Abraham sintió miedo. Moisés sintió miedo. Elías sintió miedo. Los discípulos sintieron miedo. La diferencia no estaba en la ausencia del miedo. La diferencia estaba en que el miedo no terminó gobernando sus decisiones. El valor no consiste en no tener temor. Consiste en hacer lo correcto a pesar del temor. Hay una idea muy extendida que identifica la fe con sentirse superior a los demás. Pero ocurre exactamente lo contrario. Quien conoce realmente a Dios descubre también sus propios límites. La fe destruye la arrogancia. ¿Por qué? Porque todo comienza con reconocer que necesitamos a Dios. Una persona orgullosa cree que puede sostenerse sola. La fe reconoce que no. Por eso Jesús habló tantas veces de la humildad. No porque quisiera humillar a las personas. Sino porque solamente quien reconoce su necesidad está dispuesto a recibir ayuda. El orgulloso cree que ya sabe suficiente. El humilde sigue aprendiendo. Hebreos no habla solamente de una experiencia interior. La fe modifica la forma de tratar a los demás. Si creo que Dios es paciente conmigo, aprendo a ser paciente con otros. Si creo que Dios perdona, entiendo la importancia del perdón. Si creo que todos los seres humanos tienen el mismo valor delante de Dios, dejo de mirar a las personas según su dinero, su posición social o su apariencia. Eso tiene enormes consecuencias sociales. La fe rompe barreras de orgullo. Reduce el deseo constante de competir. Disminuye la necesidad de demostrar superioridad. Hace posible reconocer errores. Hace posible pedir perdón. Hace posible reconciliarse. Ninguna sociedad puede vivir en paz si nadie está dispuesto a reconocer sus propias faltas. Otro aspecto muy práctico. ¿Qué ocurre cuando las cosas salen bien? ¿Y cuando salen mal? Muchas personas construyen su identidad alrededor del éxito. Mientras todo funciona, se sienten valiosas. Cuando fracasan, creen que ya no sirven para nada. La fe ofrece una estabilidad diferente. Nuestro valor no depende únicamente de nuestros logros. Tampoco desaparece cuando cometemos errores. Esto no significa que el fracaso no duela. Claro que duele. Pero deja de definir completamente quiénes somos. Del mismo modo, el éxito deja de convertirse en un motivo para despreciar a otros. La fe nos permite recibir ambos momentos con equilibrio. Cuando Jesús anunciaba el Reino de los Cielos, muchas personas esperaban una revolución política inmediata. Querían cambios visibles. Querían poder. Querían derrotar a Roma. Jesús sorprendió a todos. Comenzó hablando del corazón. Habló del perdón. De la misericordia. De la justicia. Del amor al prójimo. Del cuidado de los pequeños. Del servicio. Muchos se decepcionaron. Esperaban otro tipo de reino. Pero Jesús estaba construyendo algo mucho más profundo. Un gobierno que comenzaba transformando a las personas desde dentro. Eso exige fe. Porque los cambios interiores suelen ser invisibles al principio. Una persona orgullosa puede comenzar a cambiar mucho antes de que los demás lo noten. Un hombre violento puede empezar a dominar su carácter antes de que la familia vea una transformación completa. Una mujer consumida por el resentimiento puede iniciar un

camino de perdón que nadie percibe todavía. El Reino empieza muchas veces así. Silenciosamente. No porque sea débil. Sino porque Dios suele comenzar por las raíces antes de mostrar los frutos. Existe una diferencia enorme. Muchas personas creen que Dios existe. Eso no significa necesariamente que confíen en Él. Confiar implica entregar el control. Significa dejar que Dios tenga la autoridad para corregirnos. Para cambiar nuestros planes. Para decirnos "no" cuando creemos que necesitamos un "sí". Todos preferimos un Dios que confirme nuestras decisiones. La fe acepta un Dios que también las cuestiona. Por eso seguir a Jesús nunca consistió únicamente en aceptar ciertas ideas. Consistió en aprender una nueva manera de vivir. Imaginemos dos personas que deben cruzar un puente colgante. Una afirma: —Creo que el puente resistirá. La otra también lo cree. Pero solamente una da el primer paso. ¿Cuál demostró realmente su confianza? No fue la que habló más. Fue la que caminó. Eso ocurre con la fe. Las palabras tienen importancia. Pero finalmente la confianza se demuestra viviendo. Hebreos 11 comienza a desmontar una idea equivocada que aparece una y otra vez: pensar que la fe es algo privado que no afecta la vida diaria. Para el autor, la fe siempre deja huellas. Se nota en las decisiones. En la manera de esperar. En la forma de enfrentar el sufrimiento. En la humildad. En las relaciones con los demás. En la perseverancia cuando las respuestas tardan. Y, sobre todo, en la disposición a obedecer a Dios incluso cuando todavía no vemos el final del camino. La fe no es caminar porque todo está claro. Es caminar porque quien nos llama es digno de confianza. Hasta aquí hemos visto que la fe no es una emoción pasajera ni una forma de pensar en positivo. Es una confianza firme en Dios que cambia la manera de vivir. Ahora el autor de Hebreos lleva esa enseñanza a un nivel todavía más profundo. Hace algo que puede sorprender al lector. Presenta hombres y mujeres que **creyeron durante toda su vida sin llegar a ver el cumplimiento completo de lo que Dios les había prometido**. Desde la lógica humana eso parece un fracaso. Desde la perspectiva de Dios, fue una victoria. Aquí descubrimos uno de los mensajes centrales de Hebreos 11. Vivimos en una cultura acostumbrada a la rapidez. Si enviamos un mensaje, esperamos una respuesta en pocos minutos. Si compramos algo, queremos recibirlo cuanto antes. Si una página tarda unos segundos en cargar, ya nos parece lenta. Sin darnos cuenta, esa forma de vivir influye también en nuestra relación con Dios. Muchas personas piensan: "Si Dios está obrando, debería verlo enseguida." Pero la Biblia muestra otra realidad. Dios trabaja con profundidad, no con apuro. El tiempo de Dios no está gobernado por nuestra impaciencia. Eso no significa que sea indiferente al sufrimiento. Significa que ve mucho más lejos de lo que nosotros alcanzamos a ver. Un padre no piensa solamente en el bienestar inmediato de su hijo. También piensa en la persona que llegará a ser dentro de veinte años. De manera semejante, Dios no actúa únicamente para resolver el problema de hoy. También está formando nuestro carácter para la vida que viene. Más adelante el capítulo dice algo que merece leerse con calma. Habla de personas que: "Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos..." A primera vista, esta frase puede resultar desconcertante. ¿Cómo puede decirse que la fe dio resultado si esas personas murieron antes de ver el cumplimiento total? Porque la fe nunca tuvo como objetivo principal conseguir resultados inmediatos. Su objetivo siempre fue vivir en comunión con Dios. Las promesas comenzaron a cumplirse. Pero su plenitud quedaba todavía por delante. Eso también ocurre con el Reino de los Cielos. Jesús anunció que el Reino había llegado. Sin embargo, también enseñó que un día vendría en toda su plenitud. Las dos afirmaciones son verdaderas. El Reino ya ha comenzado. Pero todavía esperamos su manifestación completa. La fe vive precisamente en ese espacio. Entre el "ya" y el "todavía no". Muchas personas confunden esperanza con ilusión. La ilusión depende de lo que uno imagina. La esperanza bíblica depende de lo que Dios ha prometido. La diferencia parece pequeña, pero cambia todo. La ilusión puede terminar en decepción porque nace únicamente del deseo humano. La esperanza permanece incluso cuando las circunstancias cambian, porque descansa en la fidelidad de Dios. Por eso la Biblia nunca invita a fabricar expectativas irreales. Invita a confiar en quien nunca deja de ser fiel. Cuando Jesús habló del Reino de los Cielos, dejó claro que comenzaba transformando el interior de las personas. Sin embargo, nunca dijo que todo terminara allí. El Reino apunta hacia la restauración completa de la creación. Por eso los primeros discípulos vivían mirando hacia adelante. No escapaban del mundo. Trabajaban. Formaban familias. Ayudaban a los necesitados. Anunciaban las buenas noticias. Pero sabían que la

historia todavía no había llegado a su desenlace. Eso les daba una perspectiva distinta. No ponían toda su esperanza en los gobiernos. Ni en el dinero. Ni en el poder. Sabían que ninguna estructura humana puede establecer definitivamente la justicia que solamente Dios traerá. Eso no los hacía indiferentes. Al contrario. Los impulsaba a vivir desde ahora conforme a los valores del Reino. Uno de los mayores desafíos de cualquier persona es encontrar sentido al sufrimiento. Todos, tarde o temprano, atravesamos pérdidas. La muerte de un ser querido. Una enfermedad. Una traición. El fracaso de un proyecto. La Biblia nunca responde con frases fáciles. Nunca dice que el dolor sea una ilusión. Jesús mismo lloró ante la tumba de un amigo. Eso demuestra que el sufrimiento es real. Pero también muestra que el dolor no tiene la última palabra. La fe permite sufrir sin perder la esperanza. No porque entendamos todas las razones. Sino porque conocemos a Aquel que sigue presente incluso cuando no comprendemos lo que sucede. Hay una gran diferencia entre sufrir pensando que todo carece de sentido y sufrir confiando en que Dios todavía está obrando. El dolor puede ser el mismo. La manera de atravesarlo cambia completamente. Una palabra aparece constantemente en Hebreos. Perseverar. No comenzar. Continuar. Muchos comienzan con entusiasmo. El desafío aparece después. ¿Cómo seguir cuando desaparece la emoción inicial? ¿Cómo continuar cuando llegan las dificultades? ¿Cómo mantenerse firme cuando nadie reconoce el esfuerzo? Ahí entra en acción la fe. La perseverancia no nace del orgullo. Nace de la confianza. Seguimos adelante porque creemos que Dios no abandona la obra que ha comenzado. No caminamos porque todo resulte fácil. Caminamos porque Dios sigue siendo digno de confianza. Existe una tendencia a pensar que la fe solamente aparece en momentos extraordinarios. Pero la mayor parte de la vida está formada por decisiones sencillas. Decir la verdad cuando mentir parece más conveniente. Cumplir una promesa. Trabajar con honestidad aunque nadie esté mirando. Perdonar cuando sería más fácil guardar rencor. Escuchar antes de responder con enojo. Pedir perdón cuando sabemos que nos equivocamos. Ser agradecidos. Ayudar a quien no puede devolver el favor. Ahí también actúa la fe. Porque todas esas decisiones nacen de creer que vivir según la voluntad de Dios vale la pena, incluso cuando no produce beneficios inmediatos. Hebreos 11 suele leerse de forma muy individual. Sin embargo, la fe tiene consecuencias para toda la sociedad. Una persona íntegra mejora el lugar donde trabaja. Un comerciante honesto fortalece la confianza de sus clientes. Un juez justo protege a los más débiles. Un padre responsable influye en varias generaciones. Una madre que educa con paciencia deja una huella profunda en sus hijos. La fe nunca queda encerrada en el corazón. Se convierte en acciones que benefician también a otros. Por eso Jesús dijo que sus seguidores debían ser luz del mundo. La luz no existe para verse a sí misma. Existe para iluminar el camino de los demás. Uno de los errores más frecuentes consiste en medir la fe únicamente por los resultados visibles. Si alguien prospera económicamente, algunos concluyen que tiene mucha fe. Si atraviesa dificultades, otros piensan que le falta fe. Hebreos destruye completamente esa idea. En el mismo capítulo aparecen personas que fueron libradas de peligros y otras que murieron sin ser libradas. Unas recibieron milagros extraordinarios. Otras soportaron sufrimientos terribles. Sin embargo, todas son presentadas como ejemplos de fe. ¿Por qué? Porque el valor de la fe no depende del desenlace inmediato. Depende de permanecer fieles a Dios. Eso devuelve equilibrio a nuestra manera de leer la Biblia. No todos vivirán las mismas experiencias. Pero todos están llamados a confiar en el mismo Dios. Todo el capítulo prepara el camino para hablar de Jesús. Él representa la expresión perfecta de la confianza en el Padre. En la cruz parecía que todo había terminado. Los discípulos huyeron. Los enemigos celebraban. La esperanza parecía extinguida. Sin embargo, precisamente allí Dios estaba llevando adelante su propósito. La resurrección mostró que la última palabra nunca pertenece a la muerte. Por eso el evangelio del Reino no consiste solamente en enseñar principios para vivir mejor. Consiste en anunciar que Dios ha comenzado una nueva creación por medio de Jesús. La fe abraza esa realidad antes de verla completamente realizada. Todo esto sería solamente una teoría si no descendiera a la vida diaria. ¿Qué significa vivir por fe un martes cualquiera? Significa levantarse dispuesto a hacer lo correcto aunque nadie lo aplauda. Significa cuidar la palabra dada. Significa tratar con respeto a quien piensa diferente. Significa administrar el dinero con responsabilidad. Significa rechazar la corrupción, aunque parezca el camino más fácil. Significa educar a los hijos con paciencia cuando los resultados tardan. Significa seguir sirviendo a otros aunque el

reconocimiento nunca llegue. Significa continuar orando aun cuando el silencio de Dios parezca largo. La fe no transforma únicamente los grandes momentos. Transforma la rutina. Y, al final, es la rutina la que construye el carácter. Muchos creen que ser libre consiste en hacer todo lo que uno desea. La Biblia propone una idea distinta. Es libre quien puede hacer el bien. Es libre quien no está esclavizado por el orgullo. Por la codicia. Por el resentimiento. Por la necesidad constante de aprobación. La fe conduce hacia esa libertad. Porque desplaza el centro de nuestra vida. Dejamos de vivir para satisfacer únicamente nuestros impulsos. Aprendemos a vivir conforme al propósito de Dios. Eso no reduce nuestra humanidad. La desarrolla. Pensemos en un navegante que cruza el mar durante la noche. No puede ver el puerto. No distingue toda la costa. A veces apenas alcanza a orientarse por las estrellas. Sin embargo, sigue avanzando porque sabe cuál es el rumbo. Si esperara a ver completamente el destino antes de navegar, nunca saldría del puerto. La fe funciona de una manera parecida. No vemos todo el camino. Pero conocemos la dirección. Y conocemos al Señor del camino. Eso basta para seguir avanzando. Hebreos 11 enseña que la fe no existe para hacer nuestra vida más cómoda, sino para mantenernos firmes mientras caminamos hacia el propósito de Dios. La fe acepta que habrá preguntas sin respuesta inmediata. Habrá tiempos de espera. Habrá momentos de alegría y también de lágrimas. Habrá victorias visibles y otras que solo Dios conoce. Pero ninguna de esas circunstancias cambia el carácter de Dios. Él sigue siendo fiel. Y precisamente porque Él permanece fiel, nosotros podemos seguir caminando. Llegamos al final de este recorrido por Hebreos 11:1. Después de considerar el significado de la fe, su relación con la vida de los hombres y mujeres de la Biblia y su conexión con el Reino de los Cielos anunciado por Juan el Bautista y por Jesús, queda una pregunta decisiva: La respuesta no consiste en aprender una técnica. Tampoco en repetir determinadas frases. Consiste en permitir que la confianza en Dios se convierta en la base de toda la existencia. La fe no ocupa un pequeño espacio dentro de la vida. La fe cambia la manera de vivir la vida entera. En muchos ambientes se presenta la fe como un esfuerzo humano. Como si la persona tuviera que convencerse a sí misma de creer. La Biblia enseña otra cosa. La fe comienza cuando Dios habla. Primero habla Dios. Después responde el ser humano. Por eso Pablo escribe que la fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Cristo. Este principio aparece desde el principio hasta el final de la Escritura. Dios habló a Abraham. Dios habló a Moisés. Dios habló a los profetas. Finalmente habló por medio de su Hijo. La iniciativa siempre parte de Dios. La fe es la respuesta del hombre. Eso significa que la fe no nace de la imaginación. Nace del encuentro con la verdad. Cuando Juan el Bautista comenzó a predicar, llamó al pueblo al arrepentimiento. Arrepentirse no significaba solamente sentir tristeza por los errores. Significaba cambiar la dirección de la vida. Cambiar la manera de pensar. Aceptar el gobierno de Dios. Después Jesús comenzó exactamente con el mismo anuncio. No vino ofreciendo una religión nueva. Vino anunciando que Dios estaba llamando a los hombres a volver bajo su autoridad. Pero nadie puede entregar el gobierno de su vida sin confiar en quien la gobernará. Por eso el Reino y la fe están inseparablemente unidos. No puede haber Reino sin confianza. Y no puede haber verdadera confianza sin aceptar el gobierno del Rey. A veces se presenta una oposición entre la fe y la obediencia. Como si fueran dos caminos distintos. Hebreos demuestra que eso es imposible. Abraham creyó. Por eso salió. Noé creyó. Por eso construyó. Moisés creyó. Por eso regresó a Egipto. La obediencia no produce la fe. La fe produce la obediencia. De la misma manera que un árbol produce fruto porque está vivo. No vive porque produce fruto. Las obras no sustituyen a la fe. La hacen visible. Cuando una persona comienza a confiar verdaderamente en Dios, algo cambia dentro de ella. Las preguntas empiezan a ser diferentes. Antes preguntaba: "¿Qué me conviene?" Ahora también pregunta: "¿Qué es correcto?" Antes preguntaba: "¿Cómo gano más?" Ahora también pregunta: "¿Cómo puedo ser fiel?" Antes preguntaba: "¿Qué piensan los demás de mí?" Ahora pregunta: "¿Estoy viviendo con integridad delante de Dios?" Ese cambio no ocurre de un día para otro. Es un proceso. Pero es un proceso real. Uno de los mejores lugares para comprobar dónde está nuestro corazón es la forma en que usamos los bienes materiales. Jesús habló mucho sobre este tema. No porque el dinero fuera malo. Sino porque puede ocupar el lugar que solamente corresponde a Dios. La fe enseña a administrar. No a idolatrar. El dinero es un buen servidor. Es un mal amo. Quien vive por fe comprende que todo lo que posee es temporal. Eso produce libertad. Puede

disfrutar de las cosas buenas sin convertirlas en el centro de su existencia. Puede compartir. Puede ayudar. Puede ser generoso. Porque su seguridad ya no depende únicamente de aquello que acumula. El primer lugar donde la fe suele ponerse a prueba no es una reunión pública. Es el hogar. Es fácil parecer paciente durante unos minutos. Es mucho más difícil mantener la paciencia todos los días. La fe se nota cuando los padres cumplen su palabra. Cuando los hijos aprenden a respetar. Cuando los esposos se tratan con dignidad. Cuando existe disposición para pedir perdón. Cuando se aprende a escuchar antes de responder. Cuando la verdad vale más que tener siempre la razón. La familia nunca será perfecta. Pero puede convertirse en un lugar donde la confianza en Dios transforme la manera de convivir. Trabajar por fe no significa hablar constantemente de temas religiosos. Significa trabajar con honestidad. Cumplir los compromisos. No aprovecharse de los demás. No engañar. No buscar atajos injustos. Hacer bien aquello que corresponde hacer. Jesús pasó la mayor parte de su vida trabajando. Eso nos recuerda que el trabajo digno también forma parte del propósito de Dios. No solamente importa lo que hacemos. Importa cómo lo hacemos. Probablemente éste sea el punto donde más preguntas aparecen. ¿Por qué Dios no evita todo el dolor? La Biblia no responde con explicaciones sencillas. Pero sí muestra algo fundamental. Dios nunca promete que sus hijos estarán libres de toda dificultad. Promete caminar con ellos. Esa diferencia cambia completamente el mensaje. La presencia de Dios no elimina todas las tormentas. Pero impide que la tormenta tenga la última palabra. La cruz de Jesús demuestra que Dios puede traer vida incluso allí donde parecía haber solamente derrota. La resurrección demuestra que el mal no vence definitivamente. Esa es la esperanza que sostiene la fe. Una de las virtudes menos admiradas en nuestro tiempo es la paciencia. Sin embargo, casi todo lo valioso requiere paciencia. Un agricultor espera la cosecha. Un maestro espera el crecimiento de sus alumnos. Un médico acompaña un tratamiento. Un artesano trabaja lentamente. También Dios trabaja muchas veces así. Nos gustaría cambiar de inmediato. Pero el carácter se forma paso a paso. Cada decisión correcta fortalece la siguiente. Cada acto de fidelidad prepara el que vendrá. La fe acepta ese proceso. No porque disfrute de la espera. Sino porque sabe que Dios no abandona la obra que comenzó. Jesús resumió la voluntad de Dios en dos grandes mandamientos. Amar a Dios. Y amar al prójimo. No son dos caminos. Son dos aspectos de una misma realidad. No puede decir que ama a Dios quien desprecia continuamente a las personas. La fe verdadera produce respeto. Produce compasión. Produce justicia. Produce misericordia. No porque esas virtudes nos hagan merecedores del amor de Dios. Sino porque son el fruto natural de una vida que está siendo transformada por Él. Muchas veces pensamos que el mayor enemigo de la fe es la duda. Pero la Biblia señala otro peligro todavía más profundo. La autosuficiencia. Cuando una persona cree que puede dirigir toda su vida sin Dios, deja de buscarlo. El orgullo cierra los oídos. La humildad los abre. Por eso Jesús dijo que los pobres en espíritu son bienaventurados. No estaba exaltando la pobreza material. Estaba hablando de quienes reconocen su necesidad de Dios. Ahí comienza toda verdadera fe. Conviene decir algo muy importante. La fe no significa tener respuesta para todo. Incluso los grandes hombres y mujeres de la Biblia hicieron preguntas. Job preguntó. David preguntó. Jeremías preguntó. Los discípulos preguntaron. La diferencia está en que llevaron sus preguntas delante de Dios, en lugar de alejarse de Él. La duda sincera puede convertirse en un camino hacia un conocimiento más profundo. Lo peligroso no es preguntar. Lo peligroso es dejar de buscar. Después de recorrer todo este camino, podemos volver al versículo inicial. "La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve." Ahora podemos comprender mejor sus palabras. La fe es la firme seguridad de que Dios cumplirá todo aquello que ha prometido. Es la confianza que permite obedecer antes de ver el resultado. Es la decisión de caminar cuando todavía no se distingue el final del camino. Es la paz que nace de conocer el carácter de Dios. No depende de las circunstancias. No depende de las emociones. No depende del éxito. Depende de Dios. Y Dios permanece fiel. Si tuviéramos que resumir la relación entre Hebreos 11:1 y el mensaje de Juan el Bautista y de Jesús, podríamos hacerlo así. Juan llamó al pueblo a prepararse para el Reino. Jesús anunció que el Reino había llegado. Ambos llamaron a las personas a confiar en Dios y a vivir bajo su gobierno. Hebreos explica cómo viven quienes aceptan ese llamado. Viven por fe. No porque ignoren la realidad. Sino porque conocen una realidad más profunda. La realidad de un Dios que reina, que cumple su palabra y que un día llevará su

obra a su plenitud. Por eso la fe no es un añadido al evangelio del Reino. Es la puerta por la que se entra en él y el camino por el que se permanece en él. Hebreos 11:1 no intenta ofrecernos una definición académica de la fe. Nos invita a una manera completamente distinta de vivir. Nos enseña que la fe no consiste en creer cualquier cosa con mucha fuerza. Consiste en confiar en el Dios que se ha dado a conocer. Nos enseña que la esperanza no nace del optimismo, sino de las promesas de Dios. Nos enseña que la obediencia no es una carga, sino la consecuencia natural de la confianza. Nos enseña que el Reino de los Cielos comienza cuando una persona acepta el gobierno de Dios sobre su vida. Nos enseña que el sufrimiento no demuestra el abandono de Dios. Nos enseña que la paciencia también forma parte de la fe. Nos enseña que el carácter vale más que el éxito inmediato. Nos enseña que el amor al prójimo revela si realmente conocemos a Dios. Y, sobre todo, nos enseña que la fe tiene un nombre y un rostro. No termina en una idea. Conduce a Jesucristo. Él vivió confiando plenamente en el Padre. Anunció el Reino de los Cielos, mostró con su vida cómo es el Rey y abrió el camino para que toda persona que crea en Él aprenda a vivir bajo ese mismo gobierno. Por eso Hebreos 11:1 no es solo un versículo para memorizar. Es una invitación permanente a caminar con confianza, a obedecer aun cuando el camino no esté completamente despejado, a perseverar cuando la espera se haga larga y a recordar cada día que la realidad más firme no es la que perciben nuestros ojos, sino la fidelidad del Dios que ha hablado y que siempre cumple su palabra. **"Porque caminamos por fe y no por vista."** Esa frase resume el espíritu de Hebreos 11:1. No significa caminar con los ojos cerrados. Significa caminar con los ojos puestos en Dios. Cuando esa verdad desciende del entendimiento al corazón, deja de ser una definición y se convierte en una forma de vivir.

Posted in: Crecimiento | | With 0 comments
